

ALBA FISHER

NOVELA



Y EL NIÑO DEL
ORFANATO

Y LA FUERZA
CRECIENTE

NOELIA
INSAURRALDE



A mis hijas Catalina y Allegra.

*Que todos mis caminos en sus infinitas posibilidades, me
lleven de regreso a ustedes.*

*Con los años aprendí a encajar, en cualquier
situación en casi todos los aspectos de la vida, cual
pieza de encastre diseñado para juego de niños.
Sin embargo, continúo en la búsqueda de aquel
lugar al que pertenezco.*

N.M.I.

PRÓLOGO

No sentía las piernas. Mi cuerpo yacía tendido boca arriba sobre la alfombra roja descolorida del salón. Las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos.

No podía distinguir si el hueco que se abrió en mi pecho era real o una metáfora. Dolía igual de ambas maneras. La figura borrosa de los cuervos sobrevolaba cerca de mí.

La mancha de humedad del techo se hacía más pequeña, mientras se alejaba.

De fondo escuché los gritos de los niños, el llanto de Thomas y la reproducción de mi canción favorita.

Mamá vino a buscarme. Resplandeciente. Sentí la tibieza del calor por primera vez.

Tomó mis manos. Me observó con el amor que tanto recordaba. Arregló mi cabello. Besó mi frente, acercó sus labios a mis oídos y susurró: «Aún no Alba. No es tu momento de partir, ésto es tu comienzo».

CAPITULO 1

EL ORFANATO

“Hogar de niños y niñas Santa Catalina, solicita pasante para tareas varias. Remuneración a acordar”.

“Postularse”.

—Mmmm... ¿Pasante? ¿Eso se paga? ¿O no?... —Pregunté en voz alta, aunque nadie estuviese allí para responderme.—. Creo que no —finalmente respondí.

Seguí deslizando el cursor hacia abajo.

“Fin de búsqueda”.

—Ay Dios, debo estar realmente desesperada para regalar mi tiempo a cambio de monedas. Pero bueno, no queda de otra.

“Postularse”.

Enter.

El característico sonido anunció “Nuevo correo electrónico”.

“Bueno días señorita Fisher, gracias por su postulación. Confirmamos fecha y hora de entrevista, sábado 16 de mayo a las 8 am. En Dorrego 1329, Hogar de niños y niñas Santa Catalina”. “Ser puntual”.

Responder: “Muy bien, allí estaré. Cordiales saludos”.

Inicio. Apagar.

Esa mañana no parecía tener nada de especial, podía ver a través de la cortina. El cielo se teñía de gris y el sol no mostraba ánimos de asomarse. Bajé la vista y observé el jardín, se podía apreciar las hierbas malas y el césped alto, otro día igual al anterior. «Otro día especial en el paraíso», pensé.

Suspiré, y el vapor salió de mi boca.

Aparentemente estaba frío, la calefacción estaba averiada, sin embargo era un lujo que en ese momento no podía costear, aun así, no la necesitaba. No sentía frío, tampoco sentía el calor.

Mamá siempre bromeaba y decía que tenía el termostato descompuesto. «Si ves humo en tu boca, debes ponerte un abrigo Alba» Tal vez así era, pero en ese entonces, en mi inocencia, no lo sabía.

A duras penas logré sentarme en el borde de la cama, apreciando ser los únicos segundos en los que mi mente no pensaba en nada. Siempre fui bastante haragana y fiaquenta, me costaba mucho levantarme temprano.

Dormir era uno de mis placeres, cuando podía lograrlo. En el mundo de los sueños era libre, feliz y normal.

Crucé el pasillo en dirección hacia el baño. Dudé si ducharme o no, pero mi cabello estaba más que rebelde, estaban amotinados. Por lo tanto la mejor solución fue lavarlo.

Al salir de la ducha y una vez en la cocina, encendí la tetera eléctrica para desayunar un café con leche, con mucho edulcorante.

Le di un sorbo —Mmmmm, así es como me gusta—. Lo disfruté, no pensaba nada más en ese momento.

Dejé la taza vacía en la piletta de la cocina, otra de mis cualidades era dejar todo para después. Seguro que la lavaría cuando llegara.

Asomé la nariz por la ventana, casi por costumbre. No estaba muy segura de la temperatura en el exterior y no sabía qué abrigo estaría acorde con el día. Solo quería encajar con el resto de la sociedad y no llamar la atención.

Vi a mis vecinos que se marchaban hacia sus trabajos y supe inmediatamente lo que debía ponerme.

Tomé el abrigo más acorde al clima y la situación, de los únicos dos presentables que tenía.

Cerré la puerta, empujé con mi pie derecho todos los sobres que estaban en el suelo, miré uno de reojo y pude leer “aviso de desalojo” en letras rojas.

—Maldición, malas noticias— Refunfuñé en voz alta—. Necesito ese empleo —Caminé por el vecindario hasta la parada del autobús. Las primeras hojas del otoño se trasladaban de un lado a otro con el viento.

De vez en cuando algunas pequeñas gotas intermitentes alcanzaban mi frente. Miré al cielo y en suspiro murmuré —Estamos iguales.

Faltaban solo unos pasos para llegar, ya había personas esperando. Enseguida me percaté de que no tenía el dinero suficiente.

Estaba tan inmersa en mis pensamientos, como siempre, que había olvidado ese pequeño detalle.

Saludé con un buen día casi inaudible, con la mirada al suelo.

Muy disimuladamente continué caminando. Como si ya fuese una decisión tomada de antemano.

Calculé que eran 15 o 20 calles hacia el centro.

Me alegró ser una persona que padece insomnio regularmente, lo cual me otorgó el tiempo necesario para salir antes de casa.

Tomé los auriculares para colocarlos en posición, seleccioné del celular las canciones de siempre. Comenzó a sonar “Rising Force de Yngwie Malmsteen”, sin dudas era mi canción predilecta.

No podía salir de casa sin mi música. Ajustaba mis pasos al ritmo de cada canción. Otra de mis tantas manías.

Luego de caminar bastante, y percibir los pies doloridos, llegué al lugar.

Una pared de ladrillos pintadas de marrón desentonaba con el paisaje. Detrás de ella se apreciaba un antiguo edificio del mismo color, a simple vista se notaba que había sido remodelado hacía poco tiempo.

A sus lados se imponían torres plateadas de oficinas y locales de ropa de diseñador. En la esquina había una cafetería, y ya se me antojaba uno.

—Muy bien Alba. Si obtienes el empleo te mereces un café.
—Me motivé tratando de ser optimista.

Atravesé una enorme puerta doble de madera que se encontraba abierta, unos metros más adelante aguardaba otra puerta, un poco más pequeña y vidriada. Me pareció demasiado ostentosa. No parecía un hogar de niños y niñas.

Una nota escrita en una hoja de papel pegada a la puerta anunciaba, “Toque el timbre y aguarde, lo atenderán en breve”.

—Lo que usted diga señor cartel, —dije en broma, sonriendo para mis adentros.

Utilicé el reflejo de la puerta para acomodar mi cabello y dejarlo presentable, apliqué un poco de bálsamo labial. Y aguardé en silencio.

Fue una sorpresa para mí, cuando una señora bajita con guardapolvos a cuadrillé celestes se acercó.

Para ser sincera, esperaba una monja, una hermana, un padre o algo religioso. No es que no creyera en Dios, sino que me resultó extraño.

—Buenos días, soy Alba Fisher y vengo a una entrevista de trabajo.

—Por supuesto señorita Fisher, la estaban esperando. Adelante por favor.

—Muchas gracias señora. —Respondí con una enorme sonrisa. Necesitaba dar una muy buena primera impresión.

—Por aquí por favor. —Dijo ella gentilmente. Ya me agradaba esa señora.

Atravesamos un jardín enorme, en realidad, eran dos patios separados por una galería techada con columnas de color marrón en el medio. A medida que caminábamos, tuve la extraña sensación de que alguien observaba nuestros pasos desde una ventana a lo lejos.

Los niños y niñas estaban jugando o en alguna clase recreativa o física.

Calculé unos 20 en total. Podrían ser más. Pero no quise observarlos demasiado.

Mientras nos acercábamos a la entrada del imponente y antiguo edificio, logré identificar los típicos grupos: las populares, los bromistas, los estudiosos, los atléticos y como si fuera un cliché, el solitario. Nunca falta el aislado.

Fue el único niño que notó mi llegada. No dejaba de observarme, haciendo movimientos extraños con los ojos.

«Pobrecillo», pensé. «Debe padecer alguna enfermedad o algo».

—Ay que descortés de mi parte, no me he presentado. —Dijo la señora interrumpiendo mis pensamientos—. Me llamo Olga, mucho gusto.

Me invitó a entrar abriendo la puerta. Mientras indicaba de manera cortés que ingresara yo primer.

—Puedes dejar el abrigo ahí —dijo mientras señaló un perchero de madera.

—O~~h~~ muchas gracias Olga. —Manifesté casi en un murmullo.

—Creo que hoy es una de las mañanas más frías que hemos tenido en el año. ¿No te parece? —Mencionó frotando sus manos para generar un poco de calor en ellas. Sus ojos redondos se achinaron mientras sonrió amablemente.

—Claro que sí. —Respondí. Y le devolví la sonrisa.

—Enseguida te anuncio. Aguarda aquí ponte cómoda.

—Perfecto muchas gracias Olga. —Mis nervios estaban un poco alterados, mi rostro estaba a una mueca de quedar entumecido.

Mientras se alejaba, me senté. Pude contemplarla. Que agradable señora, bajita, retacona. De mirada amable, cachetes colorados y ese inconfundible olor mezcla de producto de limpieza con comida.

Determinada a examinar cada detalle del lugar, como era mi costumbre, pude apreciar la blancura de la habitación, el techo alto con unas pequeñas manchas de humedad producidas por el clima y el paso del tiempo. Noté las cortinas rojas de plush que colgaban de los ventanales, no me gustaban, pero no estaba allí para juzgar el decorado.

Una hilera de sillas del mismo color dividía lo que para mí era un escenario y un piano de cola aguardaba en una esquina. El ambiente era agradable y luminoso, parecía un mini teatro, aunque jamás había visitado uno.

La chimenea estaba encendida, otra vez estaba sumergida en mis pensamientos mientras observaba detenidamente el fuego, el ruido de las chispas, su movimiento y su color. Parecía danzar frente a mi.

—Hola. Buenos días, soy Beatriz, la directora del lugar.

Una voz femenina interrumpió los diálogos en mi cabeza, de lo que debía y no debía decir en la entrevista.

Me volví para verla inmediatamente. Me incorporé de prisa, recordando que aún me dolían los pies.

Extendió su delicada mano con una manicura perfecta para saludarme. Intenté disimular mi viaje interior correspondiendo de una manera mas que correcta a su recibimiento.

Fue un apretón húmedo. Con un gesto educado se apresuró a secar su mano con su falda.

—¿Te encuentras bien? Tus palmas están sudadas.

Por un breve instante la observé a ella de manera atónita, luego dirigí la vista a mis manos y en ese momento comprendí lo que había sucedido.

Un lugar cerrado, el fuego encendido, mi abrigo puesto. Estaba sudando, no me percaté de quitármelo. Y ahí estaba yo, frente a mi posible futura jefa y con mi sudor a flor de piel. Que idiota fui. Me lamentaba, mientras repetía en mi mente una y otra vez: «Tres simples reglas Alba. Tres simples reglas».

—Estoy bien, gracias. Es que se me olvidó quitarme el abrigo, lo siento mucho por ese saludo. —Respondí casi instintivamente procurando verme normal y relajada.

—Oh descuida, entiendo perfectamente lo que se siente estar nerviosa en una entrevista de empleo. —Manifestó con calma.

Sus palabras fueron un alivio para callar un poco mis voces.

—Gracias por su comprensión señora. —Fue lo único inteligente que podía decir, estaba muy avergonzada. ¿Qué clase de persona no se percató de que tiene calor y está sudando?

—Por favor, sígueme y hablamos en mi oficina, —exclamó al mismo tiempo que se dirigía a una de las puertas.

Me apresuré a seguir sus pasos y quitarme el abrigo en cuanto ella se dio la vuelta. No estaba dispuesta a tener otro incidente parecido.

Mientras caminaba intentando regular mis torpes movimientos, le dí un último vistazo a la habitación. Realmente era majestuosa, tenía un aire a teatro antiguo y suntuoso, como en las películas que solía ver. Aunque era mucho más reducido de tamaño, más bien era un Teatrillo y así fue como lo había bautizado. Me preguntaba si todo el edificio tendría esas características arquitectónicas tan bellas.

Procuré mantenerme cerca de ella, pero conservando una pequeña distancia por detrás. Examinando detenidamente cada detalle de su apariencia y sus modismos.

Era una mujer de unos cincuenta y tantos. Cabello negro y rizado, sin canas, lo que me dio un indicio de que solía ir al salón de belleza. Su rostro de piel morena mostraba una mirada de gentileza y cordialidad, sin embargo, pude notar en sus ojos color café, un atisbo de nervios o preocupación. Su caminar era

firme e imponente, no cabía duda de que era la autoridad del lugar, no obstante, no me sentía intimidada por su presencia. Vestía elegantemente un traje entallado de chaqueta y falda hasta la rodilla de color negro. Perfectamente planchado, limpio y perfumado, sin embargo las pelotitas en la tela, revelaban la antigüedad del mismo. No lograba distinguir si usaba medias o si realmente era la poseedora de una piernas tan perfectas. Creo que sentí un poco de admiración y envidia en ese momento. El ruido de sus tacones en combinación con el color de su atuendo completaban su *look* de directora.

Su imagen era pulcra, su mirada confiable y su presencia imponía respeto.

Al pasar junto a dos pequeñas niñas que se encontraban sentadas sobre el suelo leyendo historietas, pude advertir el tierno trato que tenía para con ellas y seguro que con el resto de los niños del orfanato.

Se saludaron gentilmente y a lo que a mi persona respecta, me ignoraron completamente, como si no existiera.

Claro que esa no fue la primera vez que pasé inadvertida, a decir verdad, toda mi vida se ha basado en tres simples reglas, encajar en la sociedad, no llamar la atención y la más importante, sobrevivir.

Una vez que finalicé de examinar a Beatríz, mi revoltosa e inquieta mente dirigió la vista hacia el corredor por el cual íbamos transitando. Era el turno de escudriñar una vez más la arquitectura de mi posible lugar de trabajo.

Era un ambiente un poco más lúgubre de lo esperado, iluminado por lamparones enormes de luz blanca, a los lados había varias puertas de madera pintadas con el mismo tono marrón de las paredes exteriores, algunas se encontraban cerradas y otras abiertas. Recordé de inmediato la escena de una película de terror de un hotel y dos pequeñas niñas vestidas de la misma manera.

Al pasar junto a una de ellas, sin detener su paso y con un tono de voz dulce y paciente, Beatríz expresó: —Ya te he dicho Melanie que no puedes entrar ese gato a tu habitación.

Giré mi rostro hacia ambos lados para identificar a quién iban dirigidas esas palabras y en menos de lo que tardé en

pestañear, una pequeña niña salió de una de las habitaciones a pasos cortitos y firmes, pude percibir que estaba dispuesta a seguirnos el ritmo y se colocó junto a mí. Al parecer no tendría más de cinco o seis años. Llevaba un gato blanco en sus brazos, flaco, desgredado y maloliente.

—Lo siento Señora Beatríz. ¿Cómo lo supo? —Preguntó la niña levantando la vista hacia arriba en dirección al rostro de la directora.

—Lo adiviné Mel —Respondió ella con voz suave pero sin hacer contacto visual.

—Pero Señora Directora, me necesita, es mi amigo. Hasta sabe hacer trucos, —suplicó con esa mirada convincente que solo ellas saben hacer.

—Ya veo. Y tú se lo enseñaste. ¿Verdad Mel? —Indagó.

—Sí señora. —Dijo la pequeña de aspecto de ángel, mientras se limpiaba la nariz con el puño de su pullover y mantenía al pobre gato con la otra mano. Volvió a lanzar esa mirada tierna, penetrante y convincente, pero Beatríz continuaba en su postura de no ceder ante sus encantos.

Sin la más mínima intención de rendirse, dispuesta a conservar a su animalito, intentó persuadirme.

—¿Te gusta? Se llama Milo. —Dijo clavando sus ojitos redondos, azules y brillantes sobre mí.

Me sentí un poco nerviosa, jamás había estado tan cerca de un niño, de hecho tampoco había tenido contacto tan estrecho con otras personas. Era mi primera vez en una entrevista laboral.

—Hey. Sí te gusta ¿verdad? —Reformuló la pregunta, esta vez para que mi respuesta fuera afirmativa. Mientras me observaba con las cejas arqueadas hacia arriba, lo que le daba el aspecto de princesa en apuros.

—Por supuesto. Me encanta tu gato, —respondí. Era cierto, me gustaban los animales.

Nuevamente dirigió su palabra a Beatríz: —¿Ve? A ella también le gusta.

Tratando de ignorarla de alguna manera, decidí no responderle y continuar con su marcha.

—¿No es lo más lindo que viste en tu vida? —Sostenía al animal de tal manera que le estaba apretujando la cabeza, lo que

ocasionaba que sus ojos lagañosos sobresaltaran, sus orejas se estiraron hacia los lados, dándole un aspecto de caricatura.

—Claro que sí. —Mentí, me recordó al maestro Yoda de *Star Wars*, traté de contener la risa. —Definitivamente es mi animal preferido, solo que debes sostenerlo con cuidado.

—De acuerdo ¿Así está bien?

—Sí, está cómodo, entonces así está bien. —aseguré.

—¿Estás cómodo Milo? —Le preguntó al gato—. ¿Quién? ¿Ella?

¿Acaso estaba entablando una charla con el gato? Bendita sea la infancia y la imaginación.

—Oye. ¿Y tú quién eres? —Cuestionó. Al fin se había dado cuenta de que no me conocía.

—Yo me llamo Alba. —Declaré con mi mejor sonrisa, pero no fingida. Esa niña, realmente tenía algo especial. Su rostro era de catálogo de revistas. Tenía el cabello ondulado color castaño y una voz tan tierna que estremecía. Era totalmente encantadora en toda la extensión de la palabra.

—No te encariñes con él Melanie, aún no sabemos si tiene dueño. —Dijo la directora. No podía comprender, como ésta no cedía ante sus dulce insistencia, a mi ya me había convencido.

—No tiene. Es un huérfano como yo, y como todos los niños que hay aquí, —argumentó la niña acongojada.

«Y como yo», pensé.

—Además nadie respondió a los carteles que pusimos con Martina, —continuó argumentando la pequeña con voz chillona y angelada.

Era difícil creer que ese felino se hubiese escapado de una familia. Estaba flaco y deteriorado. Le faltaba el pelaje en algunas partes de su cuerpo y tenía cortes, lo que suponía vestigios de peleas gatunas. Se notaba sus costillas y las probabilidades de que hubiera nacido en las calles eran altas. Además, en los alrededores solo había comercios y oficinas.

—¿Hace cuánto tiempo lo tienes escondido en tu habitación Mel?

—No lo sé señora directora. ¿Tres días? —La mirada de la niña la delataba, no sabía mentir, era más tiempo.

—Bien, de acuerdo. —Dijo Beatriz deteniendo por completo su paso. Por unos instantes nos quedamos en silencio, incluyendo a Milo. La directora comenzó a masajear su frente con los dedos, pude advertir que algo la preocupaba y no era precisamente el felino.

Giró en nuestra dirección. En un principio orientó su mirada hacia el techo acompañado de un suspiro, luego hacia mí y por último hacia la pequeña.

—Ve a la cocina y dile a Olga que le dé un poco de leche tibia. Pero será la única mascota aquí. Y entiende Mel, que tener un animalito es una gran responsabilidad, no es un juguete y por lo tanto es responsabilidad de todos cuidar de él. ¿De acuerdo? —Manifestó con un tono de resignación.

—De acuerdo Beatriz, muchas gracias. —Su voz chillona se volvió mucho más aguda de la felicidad—. Vámonos Milo. Adiós chica. —Salió corriendo dando brincos como una cabra bebé por el pasillo con el gato bamboleándose para todos lados. Fue la felicidad propiamente dicha reflejada en su rostro. Se detuvo en la esquina del corredor nos saludó con la patita del felino y desapareció.

Recordé mi infancia. No tenía muchos recuerdos. Solo unos instantes en mi memoria que atesoraba.

Se podría decir que era lo único de valor que poseía. Me daban identidad y ayudaban a mantenerme cuerda.

Cerré los ojos por un instante. La imagen del jardín de casa vino a mi mente para abrazarme el alma una vez más.

Contemplé una puerta de madera de cedro color rojo descascarado que sobresalía en una pared pintada de blanco. Un camino de baldosones de ladrillo adornado con plantas y flores a los lados, unía mi hogar con la acera. Mariposas, abejas y colibríes revoloteaban cerca de ellas atraídas por el dulce aroma del nectar.

Me encontraba jugando, era muy pequeña. Correteaba por el césped recién cortado. Definitivamente fue antes de la gran fiebre, aunque no tenía exactitud de cuánto tiempo antes. De lo que estaba segura, era que podía sentir la temperatura a mi alrededor y el calor del sol en mi frente cada vez que levantaba la vista e intentaba observarlo. Recuerdo poder sentirlo.

Era una típica mañana de primavera, el cielo azul, sin ninguna nube amenazando esa perfecta imagen. Mamá hacía jardinería y yo intentaba ayudarla sembrando unas semillas de amapolas. Alternando mi atención entre ser su asistente, perseguir aves y juntar insectos.

Me enseñaba con amor y paciencia paso por paso. Hacer un hueco en la tierra, asegurarme de que tuviera la humedad correcta, colocar una minúscula semilla, cubrirla con una pequeña cantidad de tierra y pulverizar un poco de agua fresca.

La brisa sopló, meciendo las ramas del sauce que descansaba en la casa de al lado. Una corriente de aire alcanzó mi cuerpo erizando la piel de mis brazos. Recordé haber sentido un escalofrío por mi espalda.

—¿Tienes frío Hija? —Preguntó mamá mientras me abrazaba. Respondí que sí.

Besó mi mejilla y colocó un abrigo sobre mi espalda.

—¿Mejor?

Volví a asentir. Me regaló su mejor sonrisa y continuó cavando mas hoyos.

Desearía poder recordarte más mamá. Sé que me amabas, lo sé. Pensé mientras suspiraba muy profundo.

—Son un encanto. ¿No crees? —La voz de Beatríz otra vez calló mi mente.

—¿El qué? ¿Quién? ¿Cómo? Perdón ¿El gato? —respondí, atontada.

—Sí también, pero me refería a Mel. Digo que los niños son un encanto. —Manifestó levantando una ceja.

—Ah sí, si claro, por supuesto. Son Puros, inocentes, diferentes. —Expresé esas palabras sin siquiera estar segura de lo que estaba diciendo.

—¿Diferentes? ¿Por qué diferentes?

—Esto, quiero decir que son inocentes y puros. Son buenos y puros e inocentes. —Intentaba parecer lo más convincente posible.

—Oh, entiendo. —Niveló su ceja, dio media vuelta y continuó caminando por el corredor.

Levanté la mirada al techo y palmeé mi frente. ¿Acaso se puede ser tan torpe? Por ese motivo no socializaba. Nunca